

PREGÓN A LA VIRGEN DE LA CABEZA DE MÁLAGA

Dios mío, ven en mi auxilio.

Señor, date prisa en socorrerme.

Es mi plegaria, Señor, lo primero que se me ocurrió al tomar conciencia de que tenía que preparar el pregón a la Virgen de la Cabeza.

Sí, ven en mi auxilio porque las palabras se me quedan cortas y la responsabilidad de decir algo interesante y que llegue a los corazones me sobrepasa. Me gustaría ser un buen intérprete, me gustaría decir lo que tú y nuestra Madre, la Virgen de la Cabeza, queréis decirnos en este día.

Madre nuestra de la Cabeza, perdona a quienes me encargaron la tarea de hacer el pregón porque no sabían lo que hacían. Yo no pude decir que no, ¿cómo negarme, Madre, con todo lo que la Hermandad me ha dado?, ¿cómo retirar el hombro de la carga ahora que me toca llevar peso?

Yo, como el profeta Jeremías, dije: “¡Ah, señor, mira que no sé hablar, pues soy un niño!”. Pero el Señor me respondió lo mismo que a él, o al menos eso me pareció escuchar: “No digas ‘soy un niño’, porque irás adonde yo te envíe y dirás lo que yo te ordene. No les tengas miedo, pues yo estoy contigo para librarte”. Con esto no podía negarme ya, de ninguna de las maneras. Así que acepté fiándome del Señor y de nuestra madre de la Cabeza. Ustedes juzgarán si he sido duro de oído a sus sugerencias o si estoy sordo como una tapia o si me he dejado seducir por otras voces. O si he escuchado, al menos, medianamente bien.

Por eso comienzo implorando el auxilio del Señor, la protección de la Virgen de la cabeza y la luz del Espíritu Santo. Amén

Hermano Antonio, presidente; hermana mayor, Milagros; hermano Juan Antonio, presidente de la Agrupación de Hermandades de Gloria; hermana Mar, Concejala del distrito Palma-Palmilla. Queridos hermanos y hermanas de nuestra Hermandad de la Virgen de la Cabeza de Málaga y todos los hermanos y hermanas presentes: Bienvenidos. La presencia de cada uno de ustedes me honra y, sobre todo, honra a la Virgen de la Cabeza, que es quien nos convoca en este día. Por lo que a mí respecta, agradezco vuestro atrevimiento y pido vuestra comprensión.

Durante dos meses, casi, le he estado dando vueltas a lo que quería decir y cómo podría decirlo. Se me han ocurrido tantas cosas que lo difícil ahora es ordenarlas. No sabía si empezar por orden alfabético, cronológico, temático o como fueran saliendo... ir escribiendo según me iban brotando. Puede que al final se mezcle todo un poquito, menos lo del orden alfabético... eso no; parecería que estoy leyendo un diccionario. Eso podrán hacerlo, si acaso, los buenos pregoneros, capaces de hacer poesía de la pata de una silla. Yo, para empezar, no soy pregonero ni sé hacer un pregón. Lo que pasa es que, cuando me lo propusieron les dije a los irresponsables: “me va a salir una homilía, que yo soy más de homilías”, a lo que me respondieron: “es que una homilía puede ser también un pregón”. Bueno, bueno, ya veremos, dije yo. Lo que sí tengo claro es que va a ser un relato *experiencial*, sí, desde mi experiencia en torno a la Virgen de la Cabeza. Por eso será *autobiográfico*. A fin de cuentas, somos lo que vivimos y el cómo lo vivimos nos hace como somos.

Mi primera relación personal con la Virgen de la Cabeza y su santuario fue entre los años 1971 y 1973. Y fue desde dentro, pues vivíamos allí, en el Santuario. ¿Recordáis cuando los trinitarios teníamos allí el Seminario? Éramos unos ochenta seminaristas entre 13 y 15 años que cursábamos tercero y cuarto de bachiller. Nuestra presencia se hacía notar. En aquellos tiempos no subía tanta gente como ahora, pues había menos coches y menos posibilidades; un viaje de 50 kilómetros ya era largo y los 32 últimos... no digamos.

Los seminaristas vivíamos en el Santuario durante todo el curso, exceptuando las vacaciones de Navidad y de Semana Santa. Allí vivíamos el tiempo de estudio, de recreo, las clases, el deporte, el tiempo libre, los fines de semana, la niebla, el viento, el frío, el calor, la soledad, la diversión y el aburrimiento. Los sábados teníamos estudio, ensayo de cantos, deporte en el campo de fútbol, limpieza general y algún tiempo libre. Subía gente, pero poca. Los domingos subía más gente, aunque mucha menos que ahora. Nosotros cantábamos en la misa de once y después paseábamos por las calzadas y la carretera confundidos entre los peregrinos y las peregrinas hasta la hora de comer. Por la tarde ya nos quedábamos solos otra vez. Si algún día entre semana subía algún autobús de chicas, todos nos amontonábamos en la ventana del fondo del salón de estudio, que es la que da a la lonja... hasta que el P. Jesús Calles o algún otro se percataban y nos mandaban sentar. A veces nos amenazaban con dejarnos sin recreo... ya ves tú, ¡para un día que merecía la pena!

Algún impaciente estará pensando: 'éste ya se ha olvidado de lo principal'. No, no me he olvidado: también rezábamos. Esto lo he dejado para el final por ser de mayor importancia y lo más interesante para el tema que nos ocupa.

Dos veces al día, al menos, bajábamos a la iglesia. Antes de cenar celebrábamos la Eucaristía y antes de dormir la oración de la noche. Dos momentos de recogimiento ante la Morenita que nos hacían quererla... en el día a día se nos iba haciendo familiar.

Ante Ella hacíamos nuestro examen de conciencia y nuestra acción de gracias. Así que nos conocía bien. En sus manos poníamos nuestras inquietudes y preocupaciones, nuestras alegrías y nuestras penas. A veces barríamos para casa: "Que se me dé bien el examen de mañana". "Que no me pregunten en Latín". "Que no me saquen a la pizarra en Matemáticas". A ver, cosas de chicos con una fe de chicos, inmadura aún pero muy sincera.

En ese contexto viví mis dos primeras romerías, que para nosotros eran un tiempo de trabajo intenso, pues hacíamos turnos cada tres horas desde el mediodía del sábado hasta la comida del domingo. A mí me tocó servir lo más cerca de la Virgen y de la devoción de la gente: en el camarín. Cada tres horas estábamos allí "clavaos", como los monaguillos de madera, que creo que aún siguen en su sitio sin dar relevo. Nos distinguíamos de ellos en que éramos algo más grandes, llevábamos el hábito trinitario y nos movíamos, pero no faltaban quienes le daban también a ellos las buenas noches. A alguna viejecita la oí decir a uno de los de madera: "¡ay que serio estás, hijo mío!".

Lo bueno de trabajar en el camarín, donde también estábamos todos los domingos de mayo, es que ves y vives la devoción de la gente; sí, acabas también viviéndola, no puedes permanecer indiferente. La haces tuya.

Ves tantas expresiones de pena y de alegría, tantas lágrimas, tantas miradas fijas en la Virgen. Oyes tantos silencios, tantas oraciones, tantos cantos... Ahí no se finge, son expresiones cargadas de sinceridad. Cantos, oraciones, silencios y lágrimas

que nacen de lo más hondo de la persona y que sólo expresas ante quien quieres de verdad, ante alguien en quien confías plenamente. Ahí se palpa lo que es creer, confiar... y también lo que cada uno quiere a las personas por las que intercede, personas que no han podido ir personalmente, pero que van en el corazón de quienes las aman y son presentadas ante la Virgen.

Acude gente de todos los pueblos de Jaén, de muchos pueblos y ciudades de Andalucía, bastantes de Castilla La Mancha y no pocos de cualquier punto de España; tampoco faltan emigrantes que vienen desde Francia o Alemania. Gente humilde que viene a eso, a abrazarse a la Virgen de la Cabeza para continuar su camino haciendo el bien que puedan, llenos de agradecimiento y más felices.

Viendo ese momento del paso por el camarín, ese momento de presencia ante la Virgen, entiendes por qué merece la pena ir a la romería, por qué la gente es capaz de pasar una mala noche al relente, un viaje pesado y una estancia bastante incómoda en los alrededores del Santuario durante casi dos días, por qué personas que apenas se pueden mover, que no podrían llegar al camarín si no fuera por la ayuda de sus familiares, se atreven a pasar ese calvario. En ese momento lo entiendes todo, también las dos horas de espera para entrar, a veces bajo la lluvia o en medio de una intensa niebla que se te mete hasta los huesos. Casi todos ustedes conocen bien las nieblas, las lluvias y los vientos que atizan por el cerro de la Cabeza. Y los que subíais en aquellos años también sabéis de la falta de servicios de todo tipo y las pocas casas que había, las de la plaza y alguna más.

Nosotros estábamos para aligerar el paso de la gente, pero había personas que teníamos que dejarlas un buen rato, pues después de tanto sacrificio, después de ver el esfuerzo que habían hecho y la devoción con que se situaban ante la Virgen, no se podía cortar la comunicación que habían establecido con Ella. Cuando una persona reza en silencio, con ese movimiento casi imperceptible de los labios y las lágrimas humedecen sus mejillas, ¿vas a decirle que se vaya?, cuando otra persona más que subir es subida por sus familiares porque apenas puede andar, se extasía ante la Morenita y se despide de Ella porque no espera volver a verla, ¿vas a decirle que se vaya?, cuando una madre con su hijo en brazos le pide que lo saque adelante como sea, ¿vas a decirle que aligere?, cuando una mujer le implora que saque a su marido de la bebida, ¿vas a decirle que está estorbando?... Y así tantos y tantos casos, tantas y tantas oraciones en voz alta que aún hoy, al recordarlas, me conmueven. Es el sentido profundo de la romería que sólo se percibe ahí, en el camarín, ante la imagen de la Virgen morenita y pequeñita.

Normalmente las personas que subían venían a eso, a estar con ella. Algunos venían en grupo, otros en familia, otros con su cofradía... casi nadie venía solo. Todos se retiraban con el calor del abrazo de la Madre, con la certeza de haber sido escuchados, con el propósito de ser fieles al Señor, con las ganas crecidas de ser más felices y hacer más felices a los demás... La romería es oración desde lo hondo, apertura del corazón, sentimiento desbordado de amor a la Virgen y a sus hijos e hijas también.

Nuestra romería es el momento de eclosión de nuestra alegría, la alegría que nos produce la devoción a nuestra Madre, la Virgen de la Cabeza; la que confía en nosotros, la que nos acoge, nos consuela, nos entiende en nuestras penas y alegrías, nos ilumina en nuestras dudas... nos quiere "con toda el alma". Y nosotros confiamos, la escuchamos, nos desahogamos con ella, tratamos de "hacerla feliz", de agradarle...

Todo ese cúmulo de sentimientos y vivencias eclosiona cuando nos vemos frente a ella sin tapujos, tal y como somos, rodeados y arropados por tantos hermanos y hermanas con los que hemos compartido sentimientos y vivencias.

Vamos a unirnos a toda la gente de buena voluntad que tanto sacrificio hace por llegar a la Morenita:

¡Viva la Virgen de la Cabeza!

¡Viva la Virgen de la Cabeza!

¡Viva la Virgen de la Cabeza!

Las dos siguientes romerías las viví cuando hacía el Noviciado y COU, ya perteneciendo a la Orden Trinitaria. También en las dos tuve el mismo oficio, esta vez apuntando “misas y mandas”. Estábamos situados a la salida, entre la puerta de la venta y la que da a la lonja. Había más ruido, pasábamos más frío y nos costaba en algunos momentos entendernos con la gente: “¿Cómo ha dicho: Mariana?”, “No, María y Ana”, “¿entonces son dos personas?”. “Sí, María y Ana. Eran hermanas”. “Pero ¿son dos intenciones o una intención?”. “¿Cómo?”. “¿Que si una misa por las dos o una por cada una?”... Ésta ya era la pregunta del millón. La intención de la misa se apuntaba en un cuaderno y se les daba una estampa de la Virgen para dejar constancia, pero siempre querían más. Para las limosnas les dábamos una estampa en la que poníamos el nombre de la persona donante y la cantidad, porque la mayoría de las veces eran encargos de personas que no habían podido ir. Con todo esto se tardaba un tiempo con cada persona, sobre todo cuando eran seis limosnas de una peseta con su respectiva estampa y nombre. Aquí tratábamos fundamentalmente con personas mayores. También tenía su encanto. Eran las que preparaban la comida del grupo y tenían todo a punto en el “campamento base” mientras los más jóvenes se divertían tomando unas copas en los bares de feria que montaban por allí. Vaya desde aquí mi más sentido homenaje a esas madres y abuelas. Un aplauso para ellas.

Las misas y las limosnas eran también formas de agradecimiento y expresión de fe. Como estábamos a la salida ya habían pasado por el camarín, donde habían descargado sus corazones y echado los vivos a la Virgen de la Cabeza. ¿Os imagináis cuántos “viva la Virgen de la Cabeza” se pueden oír durante una romería en el camarín? Este pregonero es tímido y, aunque ha oído muchos, ha dicho pocos. Pero hoy me toca:

¡Viva la Virgen de la Cabeza!

¡Viva la Virgen de la Cabeza!

¡Viva la Virgen de la Cabeza!

¡Ay, Madre, lo que tengo que hacer para que no se me duerma el auditorio!
Antonio: ¡Tú sí que vales! A ver si en cuatro tardes me pones al día.

En la tercera etapa he participado ya como sacerdote. Siempre con el mismo oficio: confesar. Turnos de día y de noche, cada tres horas, para no perder la costumbre. Sin desvelar secreto de confesión, puedo decirles a ustedes que he tenido la oportunidad de vivir de manera clara y palpable lo que es el sacramento de la reconciliación, con las dos notas imprescindibles de arrepentimiento y conversión.

Arrepentirse es querer dejar atrás, en el pasado, actitudes poco evangélicas que nos alejan de Jesús y de nuestros hermanos y hermanas, empezando por los más

cercanos. Es dolerse porque hemos errado el camino. Es el deseo grande de reiniciar la relación rota con Dios y con el prójimo.

La conversión es la iluminación que nos hace volver al Evangelio, adherirnos a Jesús, sentir el abrazo del Padre misericordioso que esperaba el momento de nuestra vuelta a casa. La conversión es el deseo de amar al prójimo sin reservarnos nada, sin cartas en la manga, es el querer vivir en fidelidad a Jesús y al Evangelio, el sentirnos Iglesia, volver al rebaño como oveja encontrada por el pastor cuando andaba perdida entre los riscos, a riesgo de perderse para siempre.

Puedo asegurar que en el confesionario del Santuario he sido testigo privilegiado de verdaderas conversiones, de auténticas reconciliaciones, del deseo firme de volver al Padre y al rebaño, de hacer borrón y cuenta nueva. He sido testigo de la alegría de la persona que se siente gratuitamente reconciliada por amor, por el Amor de Dios que nos renueva y nos libera de toda atadura.

Dios nos perdona y obra en nosotros la conversión por el Espíritu Santo, pero los romeros y devotos son llevadas a ese punto por la Virgen de la Cabeza. Ella es quien los ha llevado al cerro, cerro que se convierte en monte Sinaí, monte Tabor o monte del Calvario, lugares de encuentro entre el hombre y Dios que transforman a la persona, dando un nuevo sentido a su vida.

La Virgen de la Cabeza atrae a sus hijos e hijas hacia el bien, hacia la vida, los atrae hacia Jesús para que hagan lo que Él les diga, como en Caná de Galilea, y la vida sea un banquete en el que no falte el vino de la felicidad y la alegría, la concordia y el amor, para que sea el banquete en el que todos se sienten a la mesa y no un banquete cerrado con pobres lázaros en la puerta, cubiertos de llagas e ignorados por el rico egoísta que no conoció la salvación. La Virgen de la Cabeza atrae a sus hijos e hijas hacia el Reino querido por Dios y anunciado por Jesús, Reino que ya ha comenzado y debemos hacer presente en este mundo y esta historia nuestra los que creemos en Jesús. ¿Y qué mejor, que guiados por Ella?

Si el sí de María posibilitó la encarnación, también su llamada y sus indicaciones a quienes confían en Ella posibilitan la conversión y el compromiso por el Reino. No es ningún error teológico decir que una persona se ha convertido y se ha salvado por la Virgen de la Cabeza. No es ninguna mentira que Ella llega directamente al centro del corazón de las personas, que rompe barreras que ni curas ni seglares rompemos con otras mediaciones que la Iglesia nos ofrece. Ella llega mucho más que nosotros a los alejados de la Iglesia, Ella llega donde nuestras teologías: charlas, catequesis, cursillos y celebraciones no alcanzan. ¿Será por esa intuición de madre que encuentra el punto débil de sus hijos?, ¿será porque nos quiere incondicionalmente?, ¿será porque le duelen los hijos perdidos?, ¿será porque confía siempre en nosotros?, ¿será porque le importamos mucho?, ¿será porque una madre no se cansa de esperar?... María, con su mirada y su silencio rompe nuestros esquemas y aparta las escamas de los ojos de nuestro corazón, que es por donde entra el amor, por donde nos entra el Espíritu Santo y nos convierte. Esto sólo lo ven quienes tienen ojos para ver, porque algunos tienen ojos y no ven.

Hasta aquí mi experiencia en el mismo Santuario, que espero sirva para algo y anime la fe y la devoción de algunos, pues para eso la he traído.

Quisiera también resaltar la importancia que la Virgen de la Cabeza tiene para nosotros los Trinitarios. En el Santuario hemos tenido seminario menor, mantenemos

reuniones de todo tipo, ejercicios espirituales, formación permanente... y, sobre todo, los capítulos provinciales, que son las asambleas donde elegimos el gobierno provincial, los superiores de las casas y otros cargos provinciales. También programamos la vida de la Provincia, tanto de las comunidades como el apostolado. Así que prácticamente toda nuestra historia la programamos al calor de la Virgen de la Cabeza y la ponemos bajo su amparo.

No es fácil vivir allí, pero desde 1930 se instala la comunidad trinitaria, previo acuerdo con el Obispo de Jaén D. Manuel Basulto Jiménez por el que *“cede al R. P. Provincial de los Trinitarios el uso expedito y sin límites del Santuario de la Virgen de la Cabeza... Esta cesión se entenderá sin perjuicio de los derechos de las Cofradías a celebrar en el Santuario los actos religiosos de su instituto, de acuerdo siempre con el Superior de la Comunidad”*. (Bonifacio Porres Alonso, *“Conventos Trinitarios de España y Portugal”*). Ochenta y cuatro años llevamos los trinitarios al servicio de la Virgen de la Cabeza atendiendo su santuario, a sus hermandades y cofradías y a los innumerables peregrinos y romeros que desde todos los rincones del orbe son atraídos por la Morenita. Vaya mi agradecimiento a todos los religiosos que se han esmerado en este servicio, entregando con ilusión lo mejor de ellos mismos para dignificar el lugar y acoger y atender a todos los peregrinos de la mejor manera posible. Especialmente quiero dejar constancia del testimonio de los PP. Prudencio de la Cruz, Segundo de Santa Teresa y Juan de Jesús y María, que fueron mártires de su fe y su fidelidad a la Virgen en 1936. Les arrebataron la vida, pero entraron en la Vida (con mayúsculas). Así lo reconoce la Iglesia. Fueron beatificados el día 28 de Octubre de 2007 por el papa Benedicto XVI. Otros tres miembros de la comunidad, los PP José María de Jesús (superior) y Fernando de la Resurrección y el hermano Luciano de S. Miguel Arcángel lograron sobrevivir, después de duras experiencias en la cárcel, primero en Andújar y después en Jaén, incorporándose de nuevo a la Orden.

Antonio, vaya por ellos un viva a la Virgen de la Cabeza.

Durante años no participé en la Romería, primero por estar fuera de España y después por coincidir con hermanos de comunidad que me tomaban la delantera. Mi reencuentro viene en 2006, cuando llego a Málaga y me sale al paso la Hermandad de la Virgen de la Cabeza en nuestra casa y parroquia. Desde el primer día me mostraron su disposición a hacer todo lo posible en bien de esta comunidad parroquial: *“lo que esté en nuestras manos”, “cuenta con nosotros”, “estamos para lo que necesites”, “llámanos”*... fueron las frases que comencé a escuchar. Yo guardaba estas cosas en mi corazón esperando que el tiempo fuera ratificando las buenas intenciones. A tenor de lo vivido, les aseguro que eran sinceros.

Por lo que me han ido contando de su historia sé que todo comenzó con un encuentro casual en una gasolinera, al regreso de una Romería. Unos cuantos malagueños de Jaén paran, cansados, a tomar un café, entran en conversación y como si la Virgen de la Cabeza les hubiera enviado un ángel, responden que sí, que van a fundar una hermandad para Ella en Málaga. Sobre el capó de un coche se intercambian los respectivos números telefónicos y fijan la primera reunión en la Casa de Jaén. No preciso datos porque no es mi propósito contar la historia (que ya está en otros sitios contada), sino traer mis recuerdos y plasmarlos en algunas pinceladas.

Su intención era hacer las cosas bien, como manda la Santa Madre Iglesia. Fueron respetuosos y formales desde el principio; no como esos grupos que hacen su imagen, la bautizan por lo civil y después piden el reconocimiento de la Iglesia. Así que nuestros hermanos fundadores pusieron a buscar parroquia que los acogiera. En esto corrieron la misma suerte que los humildes José y María cuando aún no eran nadie. Comenzaron a recorrer “posadas” y en ninguna había sitio para ellos. Desde luego, no creo que ninguna de esas posadas en las que no fueron acogidos fuera el lugar querido por la Virgen. Comenzaron por el centro y poco a poco fueron hacia la periferia, hacia los humildes. Terminaron, también como María y José, en las afueras de Belén. A alguien se le encendió la luz y digo yo que diría: “¡pero si en la Palma Palmilla están los Trinitarios!, ¿qué pintamos dando vueltas por ahí?”. Por otra parte, ¿quién va a entender y acoger a la Virgen de la Cabeza y su hermandad mejor que quienes la custodian en su Santuario? No sé si fue por eso o porque la estrella se paró en Jesús Obrero, pero el caso es que llamaron a la puerta con ese temor de “el no ya lo tenemos, vamos a ver qué pasa”.

Y ocurrió que les dijeron que sí... pero... ¡con un montón de condiciones! Vamos que el que va “por ir”, se va. Pero ellos no venían por venir, sabían lo que querían y que no sería fácil conseguirlo. Los trinitarios y el Consejo Parroquial quisieron asegurarse de que no eran unos saltimbanquis o unos advenedizos con ganas de protagonismo. Si se incardinaban aquí, tenían que comprometerse con la Parroquia y con el barrio, tenían que implicarse e integrarse en la pastoral de la Parroquia. Ellos tuvieron que reflexionar sobre esas condiciones, preguntarle a la Virgen qué le parecía a Ella y aprobarlas por mayoría. El resultado, a la vista está.

Yo creo que la Virgen de la Cabeza, que nos conoce a todos los trinitarios por lo que ya he referido: que todos pasamos por el Santuario, y que llevamos acompañándola 84 años, dijo: “De aquí yo no me muevo. Y vosotros tampoco”. No lo dijo sólo por los trinitarios, sino por el barrio, por el lugar. Sí, por este lugar de pobreza y sufrimiento. ¿Acaso no permanecen las madres al lado de los hijos que sufren?, ¿acaso no permaneció María junto a Jesús en la cruz? Cruces y nazarenos, cirineos y verónicas abundan en nuestro barrio, en nuestras parroquias. Esto a la Virgen le resulta muy familiar, “le suena de algo”. La Virgen prefiere siempre a los humildes, se siente “cómoda”, Ella, la que se alegró en el Señor que “ensalza a los humildes y baja a los poderosos de sus tronos. A los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos”. Así lo dice en esa preciosa oración que nosotros llamamos “Magnificat”, no sólo porque es magnífica, sino porque, en Latín, comienza con esa palabra.

Nuestro barrio, nuestras parroquias, son lugar teológico, lugar lleno de señales que nos hablan de Dios. No hay procesiones, pero hay más crucificados que en todas las procesiones de la ciudad: la cruz de la droga, la cruz del paro, la cruz del fracaso escolar, la cruz de la falta de medios y de valores, la cruz de la crisis (que siempre se ceba en los indefensos), la del desahucio, la cruz de los inmigrantes malparados y fracasados... y para qué seguir enumerando. Cada cruz con sus nazarenos crucificados. Y lo más grave es que hay lista de espera para subirse al madero, o mejor dicho, para que en la próxima vuelta de tuerca los suban al madero, que nadie se sube por gusto.

Sí, tal y como se están poniendo las cosas, hay mucha gente predestinada a la cruz; y no sólo en nuestro barrio o en nuestra ciudad, por desgracia.

Pero, si hay “nazarenos” crucificados, también hay “verónicas” que limpian sus rostros vergonzantes y “cirineos” que les ayudan a llevar sus cruces. ¡Ay! ¿Qué sería de nuestro barrio y nuestra sociedad sin cirineos?... esas abuelas que soportan con una paga de hambre el peso de hijos y nietos venidos a menos o que nunca levantaron cabeza, esos padres y madres que se desviven por sus hijos.

La Virgen de la Cabeza ha querido quedarse en este barrio para acompañar a sus hijos que caminan con la cruz a cuestas, para consolarlos, animarlos, resarcirlos de tanto sufrimiento, para decir “basta” a tantas situaciones injustas, para decirnos a todos que Dios quiere otra cosa, que éste no es el plan que el Padre bueno había proyectado para nosotros. No es plan que hijos mal criados enfilen su vida hacia el fracaso y la delincuencia, no es plan que los desahuciados sigan siendo exprimidos por los bancos, no es plan que los trabajadores hayan perdido en pocos años tantos derechos conquistados, no es plan que los jóvenes vivan sin esperanza, no es plan que las familias vivan sin planes de futuro por la precariedad laboral, no es plan que los mayores de cuarenta o cincuenta años que se caen del trabajo no puedan levantarse más. No, no es plan que el peso de la crisis caiga sobre los pobres, no es plan que tantas familias dependan de la caridad de propios y ajenos, que te vengan diciendo que su familia ya no puede ayudarles más porque la situación se alarga y más hermanos van cayendo en lo mismo. La Virgen no quiere ver a su gente tirada en las cunetas de la vida, quiere que todos sus hijos e hijas caminen con dignidad, quiere que el Reino que su Hijo nos anunció se haga realidad. Y quiere que los que creemos en Él nos impliquemos en la tarea. Razones más que de sobra para quedarse en este barrio.

Nuestra Hermandad, por su incardinación, por su “encarnación” en la Parroquia y en el barrio, ha sido una bendición para ambos. Está conformada por gente sencilla que intentan sobre todo vivir como hermanos, dando testimonio de fraternidad, amor a la Virgen y compromiso con los necesitados. Les aseguro que todo esto está muy por encima de otros intereses. No hay potentados ni mecenas que actúen a capricho ni saquen las castañas del fuego. Ha ido haciendo un proceso de consolidación en el que ha habido que “sudar la camiseta” paso a paso. Una vez conseguida la aprobación diocesana se hizo con esta bella imagen de la Virgen de la Cabeza, tan similar a la del Santuario, bendecida por nuestro Obispo de entonces D. Antonio Dorado y sacada desde ese mismo año en procesión por nuestro barrio, para presentársela a sus hijos y que ellos la conocieran. Se construyó poco a poco y se va pagando más poco a poco la casa-hermandad en el Cerro de la Cabeza, imprescindible para celebrar la romería, la convivencia anual y otros encuentros y visitas que se realizan durante el año.

En la Parroquia participa colaborando en la liturgia, responsabilizándose de la limpieza de la iglesia, organizando y proveyendo casi todas las fiestas que hacemos, aportando mano de obra y medios para el mantenimiento y mejora de salones, iglesia y patio... Vamos: “lo que haga falta”, como dijeron al principio. Además colaboran con Cáritas (con personas y bienes). Y a través de la Asociación Corinto (lo del economato de las cofradías) proporcionan alimentación a veinticinco familias del barrio, comprometiéndose con cada familia por seis meses o un año. Así se han hecho pan y alimento para unas cuarenta familias ya. Aquí no se trata de “derivar”, sino de rascarse el bolsillo y ofrecer su tiempo. Y otros compromisos de caridad con niños y familias del barrio. Todo esto, para una hermandad que no llega a trescientos hermanos, no es que

sea mucho ni poco, es... ¡un milagro! Todo desde su devoción a la Virgen de la Cabeza y su compromiso evangélico, gracias a que comparten lo que tienen, no lo que les sobra.

Los hermanos y hermanas de nuestra Hermandad se han tomado en serio que “Si alguno dice: ‘Yo amo a Dios’, y odia a su hermano es un mentiroso; pues quien no ama a su hermano a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve” (1Jn, 4,20).

La fe y la devoción cristianas producen frutos de justicia y caridad. De lo contrario, se convierten en tapaderas de frustraciones e intereses de las personas. Les aseguro a quienes nos ven “desde fuera” que nuestra Hermandad se fundamenta en una fe sólida y profundamente evangélica. Tendremos fallos, como todo el mundo los tiene, pero sabemos cuál es “la fuente que mana y corre”; y el “Pan de vida” y que “el que come de este pan, vivirá para siempre”. Sabemos de dónde procede nuestra luz: “Yo soy la luz del mundo. El que me siga no caminará a oscuras, sino que tendrá la luz de la vida”.

La Madre nos ha llevado al Hijo y el Hijo es la razón y el motor de nuestra vida, el que mueve nuestras vidas y el que mueve nuestra Hermandad. “Haced lo que Él os diga”. Así, nosotros caminamos con esperanza, peregrinos de la vida, y si arduos son nuestros caminos, sabemos bien a dónde vamos, como nos indica el himno de laudes de Cuaresma.

A mí me admiran de nuestra Hermandad cuatro cosas: su fe, su fraternidad, su espíritu de servicio y su compromiso con los pobres. Son los valores que resaltan sobre todo lo demás. Pero no pretendo aquí hacer un recuento de virtudes o de actividades. No se trata de pasar lista ante nadie. Tan sólo traigo algo que, a mi juicio, caracteriza a nuestra Hermandad. Y justo es decir lo que es verdad, aunque la verdad abarque más de lo que se dice. Todo esto es así gracias a la Virgen de la Cabeza. ¡Gracias, Madre del Cielo! ¡Gracias, Madre de la Cabeza!

¡Viva la Virgen de la Cabeza!

Otra cosa que admiro es el carácter de nuestros hermanos y hermanas. Son gente amable, simpática y acogedora. Con ellos te sientes siempre en tu casa, en familia. No hay más que ver cómo se desviven por quienes vienen a acompañarnos en la salida procesional, cómo se organizan para participar en desfiles procesionales y actos de otras hermandades de gloria en Málaga o de la Cabeza en tantos pueblos de Málaga, Jaén, Granada o Córdoba. Mantienen relaciones cordiales con todo el mundo. Donde van saben estar, porque van sinceramente, porque cuando abrazan a alguien lo abrazan de corazón, porque van en actitud de servicio, porque van, en definitiva, como hermanos y tratan a todos como hermanos, tanto en nuestra casa como en las casas de los otros.

Les pedíamos cuando vinieron que se integraran en la Parroquia y ¡vaya si lo han hecho! Esa disponibilidad “para lo que haga falta”, su participación en las misas de los domingos (especialmente los últimos de cada mes) y en todos los acontecimientos de nuestra comunidad parroquial dan fe de ello. Su presencia enriquece a toda la comunidad, nos enriquece y anima a todos. Desde luego que sin la Virgen de la Cabeza y su hermandad, la parroquia no sería lo mismo.

¡Un aplauso para ellos!

No quiero con esto hacer de menos a nadie. He de decir, en justicia, que lo mismo podría afirmar de los equipos de catequistas, de Cáritas, de pastoral de la salud, de Vive (con sus talleres cinco días a la semana), del grupo de oración de la Renovación

Carismática, de Mies (imprescindibles para niños y jóvenes), de las comunidades de religiosas... En este barrio tan difícil y, a veces, hostil sois imprescindibles para la parroquia. Hoy os lo quiero agradecer a todas y todos y darle gracias al Señor, al Jesús obrero como nosotros que nos bendice con vuestra presencia, vuestro compromiso por el Reino y vuestra constancia.

Se impone otro aplauso...

El principal acto de nuestra Hermandad de cara al barrio es la procesión anual cada último domingo de Septiembre. Al principio era un reto: no sabíamos cómo reaccionaría la gente, si sería acogida o no. No había precedentes. Pero teníamos que hacerlo, teníamos que manifestar nuestra fe públicamente y dar a conocer a la Virgen de la Cabeza. La organización fue impecable: una banda abriendo la procesión, que ponía a la gente sobre aviso, el colorido de las banderas de las hermandades hermanas de la Virgen de la Cabeza que nos acompañaban, seguidas de las hermandades de gloria de nuestra ciudad. Y, a continuación, nuestra hermandad y la imagen de la Virgen, portada por anderos de Andújar y portadores de Málaga. Cerraba la procesión otra banda, que interpretaba ya algunas canciones propias de la Virgen de la Cabeza, sobre todo "Morenita y pequeñita". Todo en un perfecto orden mejorable. Digo perfecto y mejorable porque en años sucesivos se han ido mejorando muchos detalles. La cosa fue bastante bien. Y la gente respondió adecuadamente. También con los años se ha ido mejorando y agrandando la participación de la gente en la calle. Pero nuestros temores quedaron disipados desde el principio.

El punto álgido de la procesión es la visita a la Parroquia de S. Pío X. Allí nos esperaban numerosas personas de la comunidad parroquial, el Vicario Parroquial y el coro El Jaleo, que homenajaban a la Virgen como Ella se lo merece, con la mayor alegría y el mayor respeto. En los últimos años asoma a la puerta para recibirnos la Virgen del Carmen, imagen que desde que ha sido entronizada en nuestra Parroquia de S. Pío, goza del calor y la devoción de la feligresía, que la quiere y siente su protección. Este encuentro se ha ido enriqueciendo también cada año, siempre con respeto y devoción a la Virgen. Es como si las dos imágenes de la misma y única Virgen María, la madre de Jesús y madre nuestra se comunicasen sus confidencias para seguir animándonos en la fe a los feligreses de una y otra parroquia y darnos luz y fuerzas para cambiar este valle de lágrimas en un hogar habitable para todos, para transformar el mundo en Reino. Que una madre no quiere ver sufrir a ninguno de sus hijos.

Tras el encuentro, la procesión continúa en su regreso hacia la parroquia. Emocionante la bajada de la imagen de su trono y la subida por las escaleras de la iglesia hasta que desaparece en su interior. Vuelve a su sitio y "objetivo cumplido". Hemos manifestado públicamente nuestra fe, el pueblo ha visto a su madre a la puerta de sus casas y todo el barrio ha quedado bendecido por su mirada amorosa y compasiva.

Después, la comida fraterna que culmina la acogida a cuantos han participado activamente en la procesión y, especialmente a los que han venido de fuera y tienen bastantes kilómetros que recorrer hasta llegar a sus hogares.

Y no podemos pensar en ninguna celebración o acto de nuestra Hermandad sin el coro, sin Isabel y sus coros, especialmente "Brisa Malagueña" y "Aire Andaluz", éste último hermanos honorarios nuestros; sí, con todo el honor. Isabel, que el año pasado me precedió con un magnífico pregón y que tanto talento y buen hacer ha dedicado a ésta su Hermandad. Dignifican todos nuestros actos y nos ha regalado preciosas y sentidas canciones originales. Tú sí que eres poesía, Isabel.

Hoy te lo agradecemos con este aplauso.

Se acerca ya la celebración de nuestra próxima Romería. Todo está meticulosamente programado con la debida antelación, se prepara el "desembarco"

en nuestra casa hermandad. Algunos se van ya mismo para preparar la llegada de todos los demás, para que encuentren todo a punto desde el primer momento, para que no nos falte “de na”.

La Panda de Verdiales “Los Romanes”, nuestros hermanos queridos, afinan los instrumentos y calientan las gargantas para darnos ese toque malagueño que identifica a nuestra Hermandad desde lejos, apenas perciben nuestros oídos los ecos de sus cantares. Nos acompañan también desde el principio y son imprescindibles, tanto en Málaga como en Andújar, donde son muy apreciados. Expresemos con el aplauso nuestro agradecimiento.

Este año, con ser tan cercana a la fiesta de la Pascua, todo va más seguido, pero nos da la oportunidad de ensalzar a la Virgen de la Cabeza con sabor reciente a pascua de resurrección.

“Lucharon vida y muerte
en singular batalla,
y, muerto el que es la Vida,
triunfante se levanta.

‘¿Qué has visto de camino,
María, en la mañana?’
‘A mi Señor glorioso,
la tumba abandonada,
los ángeles testigos,
sudarios y mortaja.
Resucitó de veras
mi amor y mi esperanza!’”

Jesús de Nazaret, el que nació en un pesebre porque sus padres no eran nadie, se levanta triunfante de la muerte y precede a su Iglesia y a la entera humanidad en el Reino de la Vida, dejando la puerta abierta. Y nos da la alegría que no pasa: *«vosotros estáis tristes ahora, pero volveré a veros y se alegrará vuestro corazón y vuestra alegría nadie os la podrá quitar.»* (Jn 16,22)

¡Qué alegría, pregonar a la Virgen de la Cabeza el día de la Resurrección del Señor!, el día en que también Ella lo entendió todo, desde todas aquellas cosas que guardaba en su corazón hasta el “trago” de la pasión y muerte cruel de su Hijo en la cruz. Ahora ve que todo tenía sentido, ahora comprende que en la boda de Caná “no había llegado su hora” y que su madre y sus hermanos son “los que cumplen la voluntad de mi Padre que está en los cielos”...

La resurrección del Señor también ilumina nuestras vidas y les da un sentido nuevo que hace que al vislumbrar la meta todo el camino merezca la pena. En este día de la Pascua “salimos de la noche y estrenamos la aurora, saludamos el gozo de la luz que nos llega resucitada y resucitadora”, como dice el himno pascual.

Virgen de la Cabeza, Madre mía del alma, en este día de Pascua te elevo mi oración:

Te pido por todos tus hijos e hijas, pero especialmente por estos hermanos y hermanas que te han hecho un sitio tan grande en su corazón, por estos hijos e hijas que te quieren tanto que ocupas el primer lugar entre sus amores, estos hijos e hijas que de tu mano han llegado a Jesús y le son fieles en su vida cotidiana y están cada vez más enamorados de Él e identificados con su Evangelio.

Madre, hoy te ruego por los que empezaron y ya no están, que seguro que están contigo, por los que siguen desde el principio, por lo que fueron llegando y por los que vendrán. Que nuestra Hermandad siga siendo el hogar en el que todos se sientan a la misma mesa y todos tienen una palabra que decir. Te ruego por los mayores, que son ejemplo de fidelidad; por los hermanos y hermanas de la Junta de Gobierno, que dirigen esta “nave” siguiendo siempre tus sugerencias; por los jóvenes y los niños que recogerán la antorcha para que el fuego prendido en aquella reunión de gasolinera continúe siempre encendido y encendiendo la fe de los que vendrán. Por todos los hermanos y hermanas que con su presencia callada, pero constante, dan vida a nuestra Hermandad.

Te encomiendo especialmente, Madre, a nuestros hermanos y hermanas enfermos. No son pocos los que este año ha vivido las limitaciones de la enfermedad, algunos ya recuperados y otros que siguen luchando o deben vivir especialmente prevenidos y protegidos. Que no se sientan solos, que no se sientan desamparados, que sientan tu abrazo de madre y tu mirada consoladora que los alienta y compadece. Haz que se fortalezca su fe, que vivan felices y alegres y llenos de agradecimiento al Señor de la Vida que ha resucitado y nos resucitará con Él.

Madre de la Cabeza, en este día de Pascua, de Resurrección y de Vida, te doy gracias por cuanto haces por nosotros. Gracias por querernos tanto, por guiarnos en el camino de la vida, por consolarnos en la tristeza, por animarnos en la desesperación, por reforzarnos en la debilidad, por darnos ilusión y confianza en cada momento de nuestra vida, por ser el faro que nos orienta.

Tú eres estrella luciente en nuestras noches y sol radiante en nuestros días, el rocío que empapa nuestras almas de amor y generosidad, la lluvia que hace fecundas nuestras vidas, el abrazo que nos acoge, el beso que nos anima, el consejo que nos centra. Tú eres, Madre de la Cabeza, el sentido de nuestras vidas, nuestra madre del alma. No te lo podemos expresar mejor que diciendo:

¡Viva la Virgen de la Cabeza! ¡Viva la Virgen de la Cabeza!

¡Viva la Virgen de la Cabeza!

Muchas gracias, hermanas y hermanos por vuestra atención. Doy por bien empleado el esfuerzo si con estas palabras he sabido animar el amor a la Virgen de la Cabeza, el sentido de su romería y la vida de nuestra Hermandad malagueña; si he encendido alguna luz en el corazón de alguno de vosotros y si todos nos vamos un poco más ilusionados y contentos. Gracias a los “irresponsables” que me animaron a hacer este esfuerzo. Terminemos diciendo juntos la oración pascual a la Virgen:

“Reina del Cielo, alégrate, ¡Aleluya!

porque el Señor a quien has merecido llevar ¡Aleluya!

ha resucitado, según su Palabra, ¡Aleluya!

Ruega al Señor por nosotros, ¡Aleluya! ¡Aleluya!”

Málaga, 20 de Abril de 2014, Pascua de Resurrección